

iba á caer la responsabilidad del desastre. Empero antes de obedecer, quiso para su propia justificación, tanto como para las de sus compañeros sacrificados como él, reunir un Consejo de guerra compuesto de los principales oficiales de las dos naciones. Los almirantes y contra-almirantes franceses y españoles consultados por él acerca de la situación de la flota combinada, declararon por unanimidad: «que los buques de las dos naciones estaban en su mayor parte mal armados, que una parte de sus tripulaciones no se había jamás ejercitado en el mar, que en fin, no estaban en disposición de prestar los servicios que de ellos se esperaba.» Villeneuve expidió á París la acta de ese Consejo de guerra añadiendo una última súplica:— «No puedo creer, escribía á Decres, que sea la intención de S. M. I. querer entregar la mayor parte de sus fuerzas navales á probabilidades tan desesperadas, y que ni siquiera consienten que se pueda adquirir gloria alguna.»

Pero Napoleon había hecho por adelantado inútil todo conato de resistencia con haber hecho partir á Rosily; pues aún en el caso mismo de que Villeneuve hubiese llevado su abnegación hasta esperar á dicho almirante para hacerle entrega del mando con la seguridad de ver un sacrificio sublime transformado en un acto de cobardía, esta determinación no hubiese salvado la escuadra, puesto que Rosily debía precisamente ejecutar las mismas órdenes y sin retardo alguno.

Pero advertido á tiempo de la llegada de Rosily, y convencido de que su reemplazo por dicho almirante, que le era por otra parte muy inferior en todos conceptos, no cambiara en nada la solución, Villeneuve no vaciló en arrojar al precipicio en cuyo fondo iba á encontrar cuando menos la rehabilitación de su honor ultrajado. «Yo me daría por contento, escribía á Decres, con ceder á Rosily el primer puesto, si por lo menos se me concediera aceptar el segundo; pero es demasiado espantoso perder toda esperanza de tener una ocasión de demostrar que era digno de mejor suerte.» E inmediatamente emprendió los preparativos para presentarse delante de la escuadra inglesa.

Nelson que mandaba la escuadra inglesa reunida delante de Cádiz, tenía en un principio treinta y cuatro navíos bajo sus órdenes; pero dió uno á su colega Calder para que regresase á Inglaterra, y luego envió á otros ocho á Tetuán y á Gibraltar para que se abastecieran.

Villeneuve disponía de treinta y tres navíos, tenía por lo tanto seis más que su ilustre adversario,

sin contar cinco fragatas y dos bricks; pero la mayor parte de estos buques eran incapaces de operar una maniobra un poco complicada, sobre todo en presencia del enemigo; una parte de sus marineros, principalmente de los españoles, no había visto jamás el mar, y todos eran de una completa inexperiencia en lo que constituye la principal fuerza de un buque de guerra, es decir, el servicio de artillería.

Ni el conocimiento de las maniobras, ni la precisión y acierto en el tiro se pueden adquirir en el interior de un puerto; pudo comprobarse en la batalla misma de Trafalgar, que los artilleros ingleses tiraban entonces cerca de un disparo por minuto, mientras los franceses ponían entre carga y descarga más de tres minutos de intervalo; los primeros tiraban al bulto y al casco, lo que desde el principio de la acción daba por resultado desorganizar las baterías del enemigo, mientras que los segundos, fieles á la rutina, apuntaban á desmantelar y tiraban á la maniobra, lo que exigía una experiencia y una habilidad de que carecían.

«Decidido, pues, Villeneuve á desafiar la fortuna, dice Lafuente que extracta la citada obra de Marliani, y á ver si en un día recobraba el crédito perdido en muchos meses, preparó la escuadra y tomó todas sus disposiciones para un combate. Componíase la fuerza aliada de treinta y tres navíos, cinco fragatas y dos bricks. De ella hizo una escuadra de batalla, dividida en tres secciones ó cuerpos de á siete navíos cada uno, mandando el de vanguardia el español Alava, el de retaguardia Dumanoir, y quedándose él con el mando de el del centro, y otra al mando de Gravina, compuesta de doce navíos, repartidos en dos divisiones, de las cuales confió la segunda al contra-almirante Magon. Constaba la escuadra de Nelson poco más ó menos de igual número de buques, pero más adiestrados, y con las ventajas que entonces llevaba á todas la marina inglesa: y si bien el almirante inglés calculó que era menos la fuerza naval enemiga, tomó tales disposiciones que asombraron después, cuando se vió la precisión de sus maniobras. Espoleado, pues, Villeneuve, como hemos dicho, con la noticia de hallarse ya en Madrid el almirante Rosily, se arrojó á aventurar la batalla, por cierto no con la aprobación de los jefes españoles, que consultados en el consejo manifestaron su dictamen contrario á la salida de la escuadra, dando las razones y mostrando los inconvenientes que en ello veían.

»Hubo con este motivo una discusión viva y fuerte entre el contra-almirante Magon y el brigadier



español Galiano; mediaron también contestaciones entre Villeneuve y Gravina; pero quien hizo más abierta oposición fué el ilustrado y valiente brigadier Churruca, cuyas enérgicas palabras nos han sido conservadas.

»A pesar de todo, el 19 de Octubre, dió orden Villeneuve para hacerse á la vela. El 20 descubrió la escuadra aliada á la enemiga, que creyó también inferior en fuerzas, porque una de las más acertadas precauciones de Nelson había sido ocultar cuidado-

samente el número de sus navíos. Dispuso Villeneuve aquella noche el orden de batalla para el siguiente día. La escuadra de reserva á las órdenes de Gravina marchaba independiente de la principal, para poder acudir donde más conviniera; posición hábil, escogida por el inteligente Gravina, como la más á propósito para maniobrar con ventaja; así lo reconocía también el entendido contra-almirante Magon. Pero Villeneuve, contra el dictamen y con repugnancia de los dos ilustres marinos, ordenó que



VILLENEUVE

la reserva se pusiera inmediatamente en línea; falta grave, contra la cual protestaron aquellos en alta voz, y quien vino á ser una de las causas principales del desastre. La escuadra inglesa, en dos columnas, avanzaba á toda vela y viento en popa, amenazando la retaguardia y centro de los aliados. Villeneuve quiso socorrer la retaguardia, donde primero se empeñó la lucha mandando que todos los buques virasen de consuno, dando cada uno la vuelta sobre sí mismo, para que la línea continuase siendo larga y recta; mas como no fuese fácil variar de repente de posición, sin que resultaran irregularidades en las distancias, por precisos que fueran los movimientos, la línea quedó mal formada, y ya se empezó á conocer el desierto de no haber dejado independiente la escuadra de reserva.

»Sigamos en la relación del combate al escritor que

ha hecho más estudio y reunido más datos para conocerle. «Al mediodía emprendieron los ingleses el movimiento con arreglo á las instrucciones del general en jefe. La primera columna, la regía en persona, Nelson... La segunda al mando del almirante Collingwood... «Corte V.,—le dijo Nelson,—la retaguardia por el undécimo navío.» Y luego recogíendose un poco, mandó hacer aquella célebre señal, que electrizó la escuadra y se hizo después tan famosa. *La Inglaterra espera que cada uno hará su deber.*» La hora suprema había llegado. Conforme á su plan de ataque se adelanta Nelson para cortar la línea por la popa del *Santisima Trinidad* y la proa del *Bucentaure*.

»Pero el general Cisneros mandó meter en facha las gaviás del *Trinidad*, y se estrechó de tal modo con el *Bucentaure*, que Nelson desistió de su empe-

ño, habiendo perdido mucha gente y quedando muy maltratado el *Victory* por el terrible fuego que tuvo que sufrir. Mas luego á un tiempo atacaron el *Victory* y el *Temeraire*, ambos de tres puentes, al *Redoutable*, el cual tuvo que dejar paso al enemigo por la popa del *Bucentaure*, por donde penetró la mitad de la escuadra que mandaba Nelson y atacó á los navíos del centro; la otra mitad, amenazando la vanguardia y figurando maniobrar para que tuviesen en respeto, cayó luego sobre el centro mismo...

El *Trinidad* y el *Bucentaure* recibieron intrépidamente la terrible arremetida de los ingleses; allí se trabó encarnizada pelea, batiéndose aquellos dos navíos contra fuerzas superiores. En esta lucha una bala del *Redoutable* alcanzó á Nelson en el hombro izquierdo, le atravesó el pecho y se fijó en la espina dorsal... Una tregua siguió á ese suceso que privaba á Inglaterra de su primer almirante... mas luego volvió á trabarse el combate con mayor furia... En socorro del *Trinidad* acudió el brigadier-comandan-



ALMIRANTE BRUIX

te del *Neptuno*, D. Cayetano Valdés; y también acudieron á este punto de la línea el *San Agustín* y los franceses *Héros é Intrépide*; pero el *Trinidad* tiene que sucumbir tras del *Bucentaure*, que arría bandera después de una defensa gloriosa.»

»Describe luego de este modo el escritor á quien seguimos, el combate que sostenían el *Santa Ana* y el *Fougueux* y el *Monarca* con la columna de Collingwood que montaba el *Royal Sovereign*, navío de tres puentes sumamente velero. «Entonces se trabó entre el *Royal Sovereign*, y el *Santa Ana* la más horrible lucha, barloados los dos navíos uno á otro tan cerca que las velas bajas se tocaban. El general Alava, que conocía que Collingwood quería pasar á sotavento, puso toda su gente á estribor, y tal era el estrago que hacía la artillería del *Santa Ana* y el peso de sus proyectiles, que su primera andanada hizo escorar el *Royal Sovereign* sobre la banda

opuesta hasta descubrir dos tablones. De esta refriega salieron los dos navíos enteramente destrozados. El *Santa Ana* sostuvo el combate del modo más valiente, esperando ser socorrido. La lucha con el *Royal Sovereign* es desesperada; cae herido gravemente el general Alava; cae Gardoqui, su digno capitán de bandera; la arboladura del *Santa Ana* está destrozada; diezmada su tripulación; en esta lucha cuerpo á cuerpo queda el navío inglés tan maltratado como su contrario; inmóvil y sin poder ya gobernar Collingwood, tiene que abandonar su hermoso navío desmantelado, y sostenido por su división se ve precisado á pasar á la fragata *Euryalus* en medio del combate.»

»Pinta la horrible pelea que en otro punto sostenía el *Príncipe de Asturias* guiado por Gravina por espacio de cuatro horas contra tres ó cuatro navíos enemigos, y continúa: «En este círculo de fuego y